3 1761 08831811 8

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSE ECHEGARAY

CUARTA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1902

4

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NARCISA.....	Doña Elisa Boldun.
ISABEL.....	Elisa Mendoza.
JUANA, criada...	Carolina Fernández.
DON BLAS.....	Don Victorino Tamayo.
EERIQUE.....	Ricardo Calvo.

ACTO UNICO

Sala amueblada con elegancia: puerta en el fondo: puertas laterales: ventana en primer término á la derecha del espectador. En el centro, y casi en primer término, una mesa pequeña con recado de escribir, un album, libros, etc.; á la izquierda, y en primer término, una mesa-consola y un gran espejo; sobre la consola, un reloj, etc.; á la derecha un sofá

ESCENA PRIMERA

NARCISA, sentada á la mesa del centro y escribiendo: después cesa de escribir y lee lo escrito

«Queridísima abuelita,
»anoche llegó Isabel
»buena y sana. Está papá
»casi loco de placer;
»que aunque sabio renombrado
»y académico de prez,
»matemático y astrónomo,
»á los suyos quiere bien,
»y secar no consiguieron
»del sentimiento y la fe
»los generosos raudales
»en aquella alma sin hiel,
»ni la ciencia con su fuego,
»ni con nieve la vejez.
»Era tierno por demás,

»querida abuelita, ver
»al noble anciano besando
»una, y dos veces, y cien,
»la pura y cándida frente
»de su adorada Isabel,
»y á mi hermana, entre sus brazos,
»dando piadoso sostén
»al anciano vacilante
»de emoción y de placer.
»Y al ver de sus rojos labios
»el encendido clavel
»sobre los blancos cabellos
»de mi buen padre, pensé
»que iba á derretir la nieve
»que coronaba su sien,
»de los labios con el fuego,
»con el calor de la tez.
»¡Ay, abuela, temo mucho
»que pase uno y otro mes,
»sin que á Granada regrese
»el ángel de ese vergel!
»El pronóstico se cumple:
»mil veces lo dijo usted:
»*si á Madrid Isabel va,*
»*tarde ó nunca la veré.*»

ESCENA II

NARCISA y JUANA, que trae un ramo

JUANA ¡Señorita, señorita!... (Entra corriendo.)
¡De don Enrique Doncel!
(Narcisa sale al encuentro y coge el ramo con afán.)
NAR. ¿De Enrique?
JUANA ¡Pues claro! ¡Vaya!
¿de qué otro pudiera ser?
NAR. ¡Qué bonito!... ¡Qué precioso!
JUANA Hoy es el santo de usted...
y además cumple usted años ..
NAR. Bueno; basta. (Secamente.)
JUANA (Aparte.) (¡Ya la erré!
Lo del *santo... santo* y bueno:

lo de la edad... ¡Lucifer
me tentó la lengua!)

NAR. (Arreglando el ramo sobre la mesa del centro en su jarrón.) Vete.

JUANA (Aparte.)
(Se enojó: me quedaré
sin propina; lo estoy viendo.
¡Cuando pasa la mujer
de los *treinta*, ya no *cumple*
ni palabras... *ni años!*)

NAR. ¿Eh?
¿Estabas diciendo?...

JUANA Yo...
decía que el chico... pues,
el que trajo el ramo...

NAR. Ya.

JUANA Me dijo en confianza...

NAR. ¿Qué?..

JUANA Que su señor don Enrique...
que su mismo señor...

NAR (Con impaciencia.) ¡Bien!

JUANA Escogió el ramo.

NAR. ¿De veras?

JUANA Era el ramo para usted. (Con malicia.)
¡Treinta duros le costó!

NAR. ¡Qué locura!

JUANA Su deber
hizo no más don Enrique.
Esa cara de clavel
ya merece...

NAR. Calla, Juana.

JUANA ¡Bah! ¿soy yo ciega?

NAR. No á fe.

JUANA Ni muda.

NAR. Ya se conoce.

JUANA ¿Pues acaso cuando á usted
se acerca, no se le nota
del corazón el vaivén,
y de los ojos el fuego,
y la sonrisa de miel?...
pues esto quiere decir:
«¡Ay, Narcisa, dulce bien!»

NAR. Eres una charlatana.

JUANA (Aparte.)
(Su ceño desarrugué.)
(Alto.)
En fin, yo digo...
NAR. ¡Silencio!
JUANA Que se muere por usted.
NAR. ¡Si me enfado!...
JUANA (Aparte.) (Por el pronto
la propina dupliqué.)
(Alto.)
Vamos, vamos, señorita,
que no estamos en Belén. (Sale.)

ESCENA III

NARCISA

Me ama Enrique: sí, no miente
labio que tan tierno jura.
¿Por qué inefable ventura
mi pobre corazón siente?
¡Ser su esposa!...
(Volviéndose y mirando alrededor.)
Si alguien... no.
¡Unidos por santo nudo!...
Lo deseo, y tiemblo y dudo.
¡El es tan joven!.. ¡Y yo!... (Pausa.)
Amor con dulces amaños
mil imposibles escala;
el amor todo lo iguala,
todo sí... (Con abatimiento.)
¡menos los años!
¡Ya tengo!... ¡maldita edad!
¡de la vida eterna prosa!
(Acercándose al espejo.)
¡Con esta cara de rosa
ser jamona!... ¡qué crueldad!
Treinta y... No; si me escuchara...
(Mirando alrededor.)
si mi Enrique lo supiera...
¡Qué importa! no lo creyera,
que la edad está en la cara. (Pausa.)

Luz que inundas el espacio,
ilumina mi semblante;
espejo que rutilante
brillas, mírame despacio.
¡Quiero saber la verdad!...
la verdad quiero saber:
te pregunta una mujer
y pregunta... *por su edad!*
(Dirigiéndose en todo esto al espejo y mirándose en el con afán.)
A mí tu mirada tiende,
tú, que ves tan claro, espejo,
porque en tí brilla el reflejo
que de los cielos desciende.
Estoy sola, ya lo ves:
nadie escucha; *nadie* mira:
yo, tu luz, Dios que la inspira,
solos estamos los tres.
¡Dame, cristal, la evidencia
de juventud y hermosura,
en tu superficie pura
y en tu clara transparencia!
¿No es mi cutis nacarado?
¿No son sus tintas de Abril?
¿No respira gracias mil
mi semblante sonrosado?
(Mirando con ansiedad.)
¿Hay arrugas en mi frente?
¿En mis trenzas brillan canas?
(En tono triunfante.)
En vano, tiempo, te afanas,
que el limpio espejo no miente.
¿No es verdad, cristal señor,
que es de niña mi sonrisa?
¿No es verdad que tu Narcisa
aun puede inspirar amor?
Tu peregrina virtud
jamás la ficción ampara;
si no es joven esta cara,
dime lo que es juventud.
(Momentos antes de pronunciar Narcisa el último verso, ha entrado en escena Isabel, acercándose con precaución á su hermana, y al terminar ésta, aparece en el

espejo el rostro de Isabel junto al de Narcisa, y aquélla la abraza con cariño. Narcisa da un grito y se cubre el rostro con las manos, pensando, al ver el semblante fresco y juvenil de Isabel, que su pregunta acaba de recibir una terrible contestación)

ESCENA IV

NARCISA, ISABEL

ISAB. ¿Te asusté? (Abrazando de nuevo á su hermana.)
NAR. ¡Soy tan nerviosa!
ISAB. ¿Y me perdonas?
NAR ¡Dios mío!
(Besa cariñosamente á Isabel, pero luego se separa de ella y queda pensativa.)
ISAB. ¿Estás triste?
NAR. ¡Desvarío!
ISAB. (Mirando con ternura á Narcisa.)
¡Ay, hermana, cuán hermosa
eres!
NAR. (Con alegría) ¿De veras?
ISAB. ¡Pues no!
¿Pasó la tristeza?
NAR. (Alegremente.) Sí.
ISAB. ¿Me quieres?
NAR. (Abrazándola y besándola)
¡Con frenesí!
ISAB. ¡Mucho más te quiero yo!
NAR. ¡Zalamera! ¡Solapada!
ISAB. Odio, hermana, la mentira;
¡aire puro se respira
en la vega de Granada!
No el ambiente cortesano
que al engaño nos provoca.
La verdad siempre en la boca,
el corazón en la mano...
Esto aprendí y esto sé.
(Mirando con ternura á Narcisa y acercándose á ella.)
Sin madre quedé en el mundo,
y en tu cariño profundo
segunda madre encontré.

NAR. (Con disgusto.)
¡Madre!... ¡madre!. . ¿no es mejor
el nombre darme que tengo?
Desde hoy, niña, te prevengo
que soy...
ISAB. Mi hermana mayor;
es verdad, más la costumbre...
NAR. No sé; no puedo acordarme...
(Aparte.) (Esta chica quiere darme
alguna otra pesadumbre.)
ISAB. Tres años contaba yo
diez y ocho contabas tú,
y cuando hacían el *bú*...
—no lo has olvidado, no;
fuera imperdonable olvido:—
por consuelo de mi cuita
te llamaba *madrecita*,
me agarraba á tu vestido...
NAR. (Aparte.) Es verdad... ¡tres años ella!
¡Ella tres! ¡y yo diez y ocho!
¡Qué lindamente derrocho
los años! ¡Qué linda estrella!
ISAB. ¿Vas recordando?
NAR. ¡De sobra!
ISAB. Y las manos te besaba,
y á tus rodillas trepaba,
y por calmar mi zozobra,
tu esbelto talle en mi brazo
apretado con anhelo,
dormía ¡como en el cielo!
al calor de tu regazo.
¡Memoria tierna, sagrada!
nunca se apartó de mí:
¡cuántas veces pensé en tí
en mi vega de Granada!
NAR. (Conmovida.)
¡Dulce recuerdo, Isabel,
que en mi corazón grabado,
ni los años han borrado
ni jamás manchó la hiel!
(Contemplando á su hermana con ternura.)
¡Estos son Mayo y Abril!
¡Esto es, Narcisa, belleza!

¡Qué dulzura y qué cabeza
tan galán y tan gentil!

ISAB. ¡Zalamera! ¡Solapada!

NAR. ¿Ignoras que eres un cielo?
¿No hay, hermana, un arroyuelo
en tu vega de Granada?
(Aparte.) ¡Ay, cuando Enrique la vea!
¡Cuando su hermosura admire!..
¡Dios haga que no la mire...
ó que le parezca fea!
(Contemplando á su hermana con ternura.)
¡Imposible!... ¡Desvarío! (Pausa.)
No es imposible, no á fe:
si es su amor como pensé,
si no miente el pecho mío
si me quiere cual le quiero,
resistir sabrá la prueba:
vendados los ojos lleva
el cariño verdadero.

ISAB. (Acercándose á Narcisa.)
¡Otra vez triste, Narcisa!
¡Es, hermana, fuerte cosa!
¿Qué tienes?

NAR Nada.

ISAB. ¡Mimosa!
Brote en tus labios la risa.
Así te quiero yo ver.
¿De esplin acá se padece?

NAR. Isabel, así parece.

ISAB. Mal muy triste debe ser.

NAR. ¿Nunca con su negro tul
tu mente envolvió?

ISAB. ¡Locura!
Con una conciencia pura,
bajo un firmamento azul,
sano el cuerpo y poca edad,
¡tal achaque! ¡Dios me asista!
no comprendo yo que exista
semejante enfermedad.

NAR. ¿Ignoras lo que es tristeza?

ISAB. Tristeza sí, mas no esplín.
Allá del otoño al fin,
cuando ya el invierno empieza,

viendo las hojas caer
se me oprime el corazón.

NAR. (Con tristeza.)
Tienes, hermana, razón:
mal de *otoño* debe ser. (Pausa.)
(Haciendo un esfuerzo para variar de asunto.)
Yo no sé cómo has podido
pasar siete años allá:
¡el campo bueno será,
pero no es muy divertido
ver siempre los mismos llanos,
y siempre los mismos montes,
y los mismos horizontes
inmóviles y lejanos!

ISAB. Antes de nacer el sol
ya estaba yo levantada,
de la primera alborada
aguardando el arrebol.
¡Con cuánto placer mi pecho
en la matutina brisa
se dilataba, Narcisa!

NAR. Que te haga muy buen provecho.

ISAB. ¡De las mañanas las horas
son divinas!

NAR. Sí, serán;
pero siete años tendrán...
¡tantas y tantas auroras!...
y es, Isabel, bien notorio,
que con tanto amanecer,
algún día habrás de ver
agotado el repertorio.
Pero pase la mañana,
vamos al centro del día:
¡qué eterna monotonía!
¡qué aburrimiento!

ISAB. No, hermana.

NAR. ¿Pues qué hacías?

ISAB. Trabajar.

NAR. ¿Y por las noches?

ISAB. Dormir.

NAR. ¿Y esto es, hermana, vivir?

ISAB. Por lo menos no es penar.

NAR. Pues á tus campestres mañas

guerra á muerte les declaro. (Pausa.)
¿Y habrás olvidado, es claro,
la pintura?

ISAB. No: te engañas.
(Coge un album que está sobre la mesa y se lo presenta á Narcisa.)

NAR. ¡Hola, el album!
(Después de pasar unas cuantas hojas.)
¡Qué paisaje
tan precioso!... ¡qué pureza!...
¡esta es la naturaleza!...
¡Qué nubes! ¡Y qué celaje!
Y lo has hecho con amor,
se conoce desde luego.
(Mirándola: Isabel baja los ojos.)
¡Brotan tus mejillas fuego!
¡Qué inocencia! ¡Qué candor!
¿Mi alabanza te sonroja?

ISAB. ¡Qué cosas dices!... No á fe... (Turbada.)
¡sonrojarme yo!... ¿por qué?
(Cada vez más turbada.)

NAR. (Sonriendo.)
Vamos, volvamos la hoja.
(Vuelve la hoja del album.)
¿Qué es esto? No hay duda... ¡Sí:
el mismo paisaje!

ISAB. (Queriendo coger el album.)
No.

NAR. ¿Acaso no tengo yo
la vista clara?

ISAB. Creí...

NAR. ¡Otra!... ¡Y van tres! ¡qué capricho!
(Pasa la hoja del album.)

ISAB. Sólo por llenar papel...

NAR. Ya están hechos, Isabel,
con amor: lo dicho, dicho.
(Mirándola fijamente.)
¿Tanto este sitio te agrada
que así en el album prodigas
su recuerdo?

ISAB. (Queriendo quitarle el album, pero Narcisa se resiste.)
¡Yo!... No sigas...
¿Para qué?.. Si ya no hay nada...

NAR. Siempre los mismos cantares:
cuatro... cinco...
ISAB. Dame.
NAR. Espera:
siete... nueve... ¡friolera!
¿Y son catorce ejemplares!
¡já... já... já! ¡qué profusión!
(Cerrando el album.)
Pues aun hay otro.
ISAB. No á fe.
NAR. Que hay otro más yo bien sé.
ISAB. ¿Y dónde?
NAR. En tu corazón.
ISAB. Te burlas de mí..
NAR. Prometo
ser reservada y callar.
ISAB. ¡Quieres hacerme llorar!...
NAR. ¡Adiviné tu secreto!
ISAB. Yo te juro...
NAR. ¡Picaruela!
El tiempo es gran preceptor:
¡enseña que es un primor!
y hace que voy á su escuela
treinta y cuatro años cabales
que cumplo hoy mismo á las tres:
conque, querida, ya ves. (En voz baja.)
¿Y son amores formales?
ISAB. ¡También es empeño!...
NAR. El hombre
es animal muy taimado.
ISAB. Pero si...
NAR. Cara de honrado
tiene alguno, no te asombre;
pero ese es más de temer.
ISAB. Te juro...
NAR. Que allá en el Nilo
también gime el cocodrilo.
ISAB. Si yo no le he vuelto á ver...
(Se detiene avergonzada de lo que dice; se abraza á Narcisa y oculta el rostro en el seno de su hermana.)
NAR. ¿Al galán de la enramada?
ISAB. ¡Perdóname, hermana mía!
NAR. ¿Al de la arboleda umbría!

¿Al de la dulce alborada?
¿Conque al fin?...

ISAB. (Suplicante.) ¡Narcisa!

NAR. Vamos;
¿no soy tu hermana? (Cariñosamente.)

ISAB. ¡Dios mío!
¡Me abraso!

NAR. (Cariñosamente.) ¡Isabel!...

ISAB. ¡Qué frío!

NAR. Y las dos solas estamos.

ISAB ¡En mí, Narcisa, no hay culpa! (Acongojada.)

NAR. Lo supongo. (Riendo.)

ISAB. Te lo juro.
¡Y vaya, hermana, qué apuro!

NAR. Es inútil la disculpa,
porque yo no te acrimino.
Pero, en fin, sepamos...

ISAB. Yo...
¡soy inocente!

NAR. (Riendo á carcajadas.) ¡Pues no!
(Narcisa se separa, riendo siempre, de Isabel, se sienta en el sofá y deja en él el album.)

ISAB. ¡Se interpuso en mi camino! (Pausa.)
(Aproximándose misteriosamente á Narcisa.)
Se acercaba entre arreboles
aurora del mes de Mayo:
despertaban del desmayo
nocturnal los girasoles:
del alba las luces bellas
en el bosque penetraban,
y en el cielo se apagaban
lentamente las estrellas:
luz y calor daba el día,
verde espléndido las lomas,
las flores daban aromas
y las aves armonía:
giraba alegre la rueda
en el próximo molino,
y entoldaba mi camino
la secular arboleda.
Del agua el manso murmullo,
el canto del ruiseñor,
de la tórtola en amor

el apasionado arrullo,
y la frescura del río,
y la brisa que agitaba
las hojas y me arrojaba
blancas gotas de rocío,
todo en lánguida dulzura
mi espíritu sumergía,
y yo seguía y seguía
por la tranquila espesura.
En esto á un claro llegué
y un hombre durmiendo ví;
entonces... ya no seguí;
pero hermana, le miré.
¿Cuánto tiempo? yo lo ignoro:
era un cazador, hermana:
salió al campo de mañana,
y arrullado por el coro
de trinadora caterva,
cediendo á dulce beleño,
sorprendido por el sueño
se durmió sobre la yerba.
El cazador despertó,
levantó su noble frente,
brilló el sol allá en Oriente
y su rostro iluminó.
A mi pesar yo grité;
en mí fijó su mirada,
y loca y desatentada
por la selva me escapé.
No sé, hermana, qué es amar;
si lo supiera diría
que le amo desde aquel día, (Tristemente.)
y no le he vuelto á encontrar.

ESCENA V

NARCISA, ISABEL, DON BLAS. Don Blas entra lentamente y leyendo en un libro

ISAB. ¡Silencio, por Dios!

BLAS (Da unos pasos, se detiene, medita, lee y sigue andando.) ¡No sacio

mi razón! ¡Terrible pena! (Pausa.)
El eter, no hay duda, llena
los ámbitos del espacio; (Pausa.)
mas ¿qué fuerza misteriosa
aglomera en rededor
de un centro el blanco vapor
de la inmensa nebulosa? (Pausa.)
(Se acerca lentamente á la mesa en que está el ramo.)
¿Cuál es el ser por quien clamo
del alma con hondo grito,
que del cielo en lo infinito?...
(Hace un movimiento con el libro y derriba el ramo de flores.)

ISAB. ¡Padre! ¡Padre!

NAR. ¡Ay Dios, mi ramo!
(Lo recoge y lo arregla con mucho esmero.)

BLAS (Con gran calma.)
En su cola lo envolvió
la flotante nebulosa,
y con el lirio y la rosa
en el santo suelo dió.
Siento el florestal naufragio.

NAR ¡Es regalo de Doncel!

BLAS ¡Ah, de Enrique?

NAR Sí, de él.

BLAS (En voz baja á Narcisa.)
Pues, Narcisa, mal presagio.
Tenemos que hablar los dos.
(A Isabel.)
¡Ven acá, luz de mi vida!
(Isabel se acerca: don Blas le coge la mano y la mira con cariño.)
¡Qué veo! ¡No estás vestida!
(Mirando el reló.)
¡Y ya dieron!.. ¡Ay mi Dios
Los convidados!... ¡No hay modo!...
¡Y comemos á las seis!
No hay cosa en regla, ya véis,
si yo no cuido de todo.
Pronto...

ISAB. Adiós.
(A Narcisa en voz baja.)
No digas nada.

BLAS (A Isabel.)
Que mis amigos te miren,
y que al contemplarte admiren
la mejor flor de Granada.

ESCENA VI

NARCISA y DON BLAS

BLAS Aunque dicen á porfia
que no vivo en este mundo,
con amor tierno y profundo
te quiero, Narcisa mía.
NAR. Lo sé; pero me sorprenden
tus palabras; no comprendo...
BLAS Pues según estoy yo viendo
tus mejillas ya me entienden,
porque están más encendidas
que ese soberbio clavel
(Señalando el ramo.)
que don Enrique Doncel, (Con intención.)
con maneras muy cumplidas,
te regaló por ser hoy
tu santo... y aun *algo más.*
Así te convencerás
que en todo, Narcisa, estoy.
(Narcisa inclina la cabeza sobre el pecho.)
¿Le quieres? (Preguntando con dulzura.)
Responde.
(Acercándose á ella y cogiéndole una mano.)
Dí.
(Narcisa hace un movimiento afirmativo con la cabeza.)
¿Mucho?
NAR. Con el alma entera.
BLAS Hice bien en que viniera
Isabel.
NAR. ¡Mi hermana!
BLAS Sí.
No es alarde de crueldad:
no es gozarme en tu tormento:

es que el porvenir presiento:
es que aprendí con la edad.

NAR. (Alarmada.)
¿Qué imaginas?

BLAS Una prueba
del amor de tu Doncel.
Es muy hermosa Isabel...
mas como dicen que lleva
el cariño verdadero
tupida venda en los ojos,
para evitarte sonrojos,
conocer de fijo quiero
si tu rendido amador
prefiere á la luz naciente
(Señalando á la puerta por donde salió Isabel.)
tu roja lumbre poniente
cegado por el amor.

NAR. ¡Si á la prueba no resiste,
si la enamora y me olvida!...

BLAS Evitarás una vida
triste, Narcisa, muy triste.
Por tí, hija mía, por él,
que también á Enrique quiero...

NAR. ¿Y mi hermana?

BLAS Y bien, prefiero
casarle con Isabel.

NAR. ¡Padre, padre!

BLAS (En voz baja.) Ten presente
que muy pronto se irá á pique
tu hermosura...

JUANA (Anunciando.) Don Enrique.

BLAS Que pase. (Juana sale.)

NAR. Mi pecho siente
una angustia... una opresión!...
(Se aleja, pero luego vuelve y dice con acento suplicante y algo mimoso.)
No estés con él muy adusto.

BLAS Quiero sondar á mi gusto
su juvenil corazón. (Sale Narcisa.)

ESCENA VII

DON BLAS y DON ENRIQUE. Don Blas se sienta junto al velador ó mesa del centro y lee atentamente en el libro que trajo

ENR. Salud, señor don Blas:
siempre leyendo al inmortal Laplace (1).
BLAS (Levantando la cabeza un momento.)
¡Hola, querido Enrique!... ¡Tanto bueno!...
(Vuelve á fijar la vista en el libro.)
Me falta en esta fórmula un *coseno.*
ENR. (Aparte.)
(Estando con su cálculo profundo
aunque estallase como bomba el mundo,
en uno de los trozos marcharía
y el cálculo empezado concluiría.)
¿Con que anoche llegó? (Alto.)
BLAS (Con entusiasmo.) Llegó Isabel;
¡flor celestial de mágico vergel!
ENR. De Sevilla las huertas deliciosas
fecundas son en jóvenes hermosas.
BLAS (Riendo.)
¡Si no estuvo en Sevilla!
Tu distracción, Enrique, es maravilla.
¡No te enteras de nada:
tú tienes la cabeza trastornada!
ENR. (Aparte.)
(¡Pues, la sarten al cazo!
(Alto.)
Conocerla quisiera...
BLAS En breve plazo
á esta sala vendrá.
¡Cuán hermosa!...
ENR. Sin duda lo será;
pero juzgo elogiarla empresa vana,
que conociendo á su preciosa hermana
no concibe la mente
que nadie pueda ni remotamente
resistir parangón
con tanta y tan divina perfección.

(1) Léase «Laplás.»

BLAS (Mirando al libro.)
Con estas ecuaciones
tenemos ya catorce condiciones.
(Mirando á Enrique.)
¡El problema es profundo!

ENR. No vive usted, don Blas, en este mundo.

BLAS Busco, Enrique, camino
de no escuchar tamaño desatino
como el que acaba con audacia loca
de pronunciar tu boca.
Entre las dos hermanas, no lo niego,
hay un gran parecido; estar yo ciego,
ó ser un avestruz,
fuera negar mis ojos á la luz.
¡Pero qué diferencia entre las dos!

ENR. De su mano, don Blas, le tenga Dios.

BLAS ¡Que es comparar dieciocho primaveras
con Narcisa, jamona... muy de veras!

ENR. (Indignado.)
¡De audacia hablaba usted,
y al escucharle tiembla la pared!
viendo de don Blas, un sabio de tal peso,
en aquesta ocasión tan poco seso.
(Aparte.)
(¡Jamona mi Narcisa!
¡Es cosa, vive Dios, de echarlo á risa!

BLAS Hecho á prueba estarás de desengaños,
si á los treinta y seis años,
siquiera se conserve fresca y mona,
juzgas que una mujer no es aun jamona.

ENR. (Aparte.)
¡Treinta y seis años ella!
¡Narcisa de mi cielo pura estrella!
¡Yo bramo de coraje!)

BLAS (Con gran calma y mirando al libro.)
Bueno será buscar el paralaje.

ENR. (Aparte.)
(¡Que este hombre todo lo despoetice!)
(Alto.)
No sabe usted, don Blas, lo que se dice.

BLAS ¡Que yo no sé la edad!...
¡Es gracioso por Dios!

ENR. (Pensativo.) ¿Será verdad?

(Pausa.)
¡Señor, estoy yo ciego!
Pues sus ojos de fuego,
su cabellera espléndida y undosa,
su tez color de rosa,
¿resplandores no son, por la virtud
encendidos de ardiente juventud?

BLAS (Hablando para sí.)
Este artificio el cálculo me acorta.

ENR. (Aparte.)
(¡Pero á mí qué me importa
tu cálculo sublime,
si matas el amor que me redime!) (Alto.)
Delira usted, don Blas, que por ventura
no es posible fingir tanta hermosura.

BLAS Y bien, esos fulgores
son, Enrique, postreros resplandores
de astro que en lento paso
camina majestuoso hacia su acaso.
El sol en occidente
también corona su rojiza frente
con soberbio celaje de oro y grana,
que envidia diera al sol de la mañana;
pero éste nace y el de ocaso muere,
que el Supremo Hacedor así lo quiere.
¡Pobre Narcisa, Enrique,
en vano á la vejez pondrá por dique
su angelical belleza,
que la naturaleza
tiene sus leyes, y por varios modos
su soberana ley cumplimos todos!

ENR. (Aparte.)
(¡Este sabio traidor
quiere matar mi amor,
con su lógica ahogando seca y fría
del corazón la santa poesía!)

BLAS Como la noche llega,
cuando allá en occidente el sol se anega,
al terminar la mágica virtud
de alegre juventud,
mueren en la mujer, cielo de amores,
de la tersa mejilla los colores,
de los ojos la llama,

el fuego interno con que amor inflama
sus labios de carmín
del dulcísimo beso camarín.
Llega de la vejez
la repugnante y seca palidez...

ENR. ¡Calle por Dios, don Blas,
y vuelva á su Laplace!
(¡Treinta y seis años ella!... ¡Y yo Dios mío!
(Aparte.)
¡Dentro del corazón siento ya frío!
¡Casarme con Narcisa, y que mañana
joven se duerma y se despierte anciana!...
¡Es chasco muy pesado!)

BLAS (Mirándole fijamente.)
(Se quedó casi helado,
y el volcánico ardiente corazón
convirtióse de nieve en un terrón.)

ENR. (Con nuevo arranque.)
Cuando Narcisa llegue al trance fiero
de la vejez, saber, don Blas, yo quiero,
¿qué resta de Narcisa angelical?

BLAS *Queda el alma inmortal.* (Pausa.)
Quien la quiera por bella será loco,
que su hermosura durará muy poco:
quien la elija por buena y por honrada
tiene larga jornada;
que como son del alma perfecciones
eternas son en plácidas regiones.

ENR. (Aparte.)
(Dudo y lucho... ¡Narcisa, vida mía!...
¡También es de don Blas fiera porfía!
¡Acude, angel de amor, acude pronto!
(Narcisa aparece en la puerta de la habitación; Enrique la contempla un instante con alegría, y exclama mirando á don Blas:)
¡Este sabio es un tonto!)

ESCENA VIII

NARCISA, DON BLAS y ENRIQUE

ENR. ¡Siempre tan bella, Narcisa!
NAR. ¡Y usted siempre tan atento!
(Señalando el ramo.)
Es de un gusto delicado.
ENR. Expresión de un puro afecto.
(Se sienta en el sofá, que se halla á la derecha del espectador. Don Blas continúa sentado junto á la mesa del centro y finge que lee.)
BLAS (Aparte.) (¿Quién sabe? Quizá por ella
arde en amor verdadero.)
NAR. (Riendo.) ¡Si papá le oyera á usted!
ENR. Que usted me permita anhelo
decía en voz alta al mundo
el santo amor que la tengo.
Mas siempre usted desconfiando...
NAR. Acabaré por creerlo. (Sonriendo.)
ENR. No se burle usted de mí.
NAR. (Aparte.) (¡Burlarme, Dios santo, y tiemblo!)
ENR. No sé, Narcisa, engañar;
sólo digo lo que siento,
y cuando le juro amor
es que en su llama me quemo.
Soy marino: sobre el bravo
y majestuoso elemento
diez y seis años pasé
y veinte y tres años tengo:
y los bramidos del mar,
ó su poderoso aliento,
ora se revuelva airado,
ora tranquilo y sereno
en su tersa superficie
refleje el azul del cielo,
no me enseñaron, Narcisa,
á mentir, que no mintieron.
NAR. No dudo de su franqueza,
pero es muy variable el tiempo.

Mañana... ¿quién sabe, Enrique?
puede soplar otro viento,
y usted, que es franco y leal,
hacerle justicia debo,
tendrá que decirme al fin,
si te quise no te quiero.
Ha pasado usted la vida
en un terrible elemento;
dice verdad cuando ruge.
dice verdad cuando terso
refleja puros celajes
en sus azulados senos,
mas por aquella verdad
que aquesta verdad reniego.
¡Qué valen dichas que pasan!
¡ni qué importa á mi deseo
que una verdad me *de vida*,
si por otra verdad *muero!*
(Con intención y ternura.)

ENR. ¡Qué escucho! (Gozoso.)

BLAS (Aparte.) (¡Ya se enternece!)

ENR. ¡Esa palabra! ¡Ese acento!

NAR. Enrique, yo nada digo;
he presentado un ejemplo.

ENR. ¿Por qué matar mi esperanza?

NAR. Matarla no, que es consuelo
dulcísimo el esperar,
y yo tan mal no le quiero. (Con zalamería.)

ENR. Entonces, Narcisa... entonces...

NAR. No digo que andando el tiempo...

BLAS (Aparte.) (¡Para tiempos estás tú,
y te sobran quince Eneros!)

NAR. (Mirando tiernamente á Enrique.)
¡Es usted tan joven!

BLAS (Aparte.) ¡Toma!

NAR. Ese volcánico fuego
¡pasa tan pronto! Será
ráfaga...

ENR. No. ¡Será eterno!

NAR. Yo, Enrique... (Dudando.)

BLAS (Aparte.) ¡Vaya!

ENR. ¡Narcisa!

NAR. Me inspira usted gran aprecio...

ENR. ¡Me vuelve usted loco!
NAR. No,
eso no, *que bien le quiero.* (Con cariño.)
BLAS (Aparte.) (Yo descargué mi conciencia;
él lo quiere... al agua, pecho.)
NAR. ¡Si papá nos escuchase!
ENR. Sí, sí, ya es fácil; en eso
está pensando don Blas.
Acceda usted á mis ruegos,
bella Narcisa; ¡es tan fácil
decir un *sí*... quedo, quedo,
que apenas agite el aire,
que apenas salga del pecho,
pero que llegue á mi oido
como celestial consuelo.
NAR. Sí...
ENR. (Con trasporte) ¡Narcisa de mi vida!
NAR. Vaya, Enrique, no tan presto.
que no ha sido *afirmación.*
ENR. ¡Narcisa, me desespero!
NAR. Una frase comenzaba
de este modo: *si* yo veo
que es usted en el querer
constante y firme; *si* dentro
de cinco ó seis años..
BLAS (Aparte.) (¡Bravo!)
ENR. Por usted, Narcisa, muero;
no se burle usted de mí.
NAR. (Aparte.) (Basta, basta, que ya llego
al límite y no es prudente
apurar ningún extremo.) (En tono triste.)
¡Ay Enrique! entre nosotros
un obstáculo tremendo
se levanta
ENR. No adivino...
¿mas qué importa?... yo lo venzo.
NAR. Imposible...
ENR. Lo destruyo.
NAR. ¡Cada vez se alza más fiero!
¿Qué ve usted allá en la mesa?
ENR. Candelabros y un espejo.
NAR. ¿Y nada más?
ENR. Un reló.

NAR. Pues en él está el misterio.
ENR. Estará; pero, Narcisa,
de veras no lo comprendo.
NAR. Ese reló dice *tac*,
y otra vez *tac* .. y así ciento.
ENR. Si consiste en el reló
es muy sencillo el remedio:
abro el balcón, y por él,
contra las piedras lo estrello.
(Haciendo un movimiento para levantarse: Narcisa le contiene.)
NAR. ¡No haga usted tal disparate!
¡un cronómetro soberbio!
En él mi padre se mira;
¡marcha con el tiempo medio!
ENR. ¡Narcisa, por Dios, no más!...
¡que loco de amor me vuelvo!
NAR. Eso no: su razón guarde, (Con zalamería.)
que yo tan mal no le quiero.
Decía que ese reló
darán las tres.
ENR. Bien, y luego
dará las cuatro y las cinco:
¿y con eso qué tenemos?
NAR. Hora fatal para mí.
ENR. Cada vez lo entiendo menos.
NAR. (Dudando.) Es, Enrique, tan prosáico
este mi secreto. (Cambiando de tono.)
¿Cuántos años tiene usted?
ENR. Veinte y tres cumplo en Febrero.
NAR. (Tristemente.)
Yo, Enrique, ya los cumplí.
BLAS (Dando un salto en la silla.)
(Aparte.)
(¡Los veinte y tres! ¡ya lo creo!)
ENR. Angel de amor, ¿y era ese
el misterioso secreto?
NAR. ¿Cuántos años piensa usted,
amigo Enrique, que tengo?
ENR. Una mañana de Abril,
un suspirillo de céfiro,
lo más breve de la vida
y del mundo lo más bello.

NAR. No eluda usted la pregunta,
la verdad y sin rodeos.
ENR. ¡Narcisa, por Dios!
NAR. Lo exijo.
ENR. ¡Por Dios, Narcisa!
NAR. Lo quiero
ENR. (Aparte.) (Don Blas dijo treinta y seis,
pues bien, rebajo...)
NAR. (Aparte.) (¡Yo tiemblo!)
ENR. ¿Si dijera yo que... treinta?
NAR. (Levantándose indignada.)
¡Sería usted un!... (Continuando tristemente.)
Ya veo
que á la suerte debo injurias,
y más injurias... al tiempo. (Pausa.)
Sólo tengo veinte y siete.
ENR. (Aparte.)
(¡Jesús, qué maldito viejo!
¡y me ha dicho!...) (Alto.) ¡Estoy confuso!
BLAS (Aparte.)
(Sin escrúpulo ni miedo
se quitó *nueve* de un golpe;
¡qué restar tan estupendo!)
ENR. ¡Soy un torpe, un mentecato!
NAR. Del asunto más no hablemos.
ENR. No me aborrezca usted. (Suplicante.)
NAR. (Triste y cariñosa.) No;
que yo, Enrique, *bien le quiero.*
BLAS (Alto.)
¡La incógnita se despeja!
ENR. (Alto.)
¿Se despeja?... pues me alegro.
(A Narcisa.)
¡Un *sí* de sus labios rojos!
NAR. (Con mucho mimo.)
Soy caprichosa en extremo,
y un capricho...
ENR. Yo lo acato.
NAR. ¿De veras?
ENR. Yo lo venero,
mas ese *sí*...
NAR. Tenga calma.
ENR. ¡Narcisa, mi bien, mi cielo!

¿este amor que me consume
la quema á usted con su fuego?

NAR. Repítame usted, Enrique,
la misma pregunta... luego,
cuando resuenen *las tres*
con acompasados ecos
en aquel reloj, y entonces...
yo contestarle prometo.

BLAS *¡Hacer bien por hacer bien!...*
pues señor, tocan á muerto.

ENR. ¿Y cuál la causa?... (A Narcisa.)

NAR. (Tristemente.) Es que cumplo...
á las tres... ¡ay, Dios!

ENR. ¡Comprendo!
¡el castigo de mi culpa!...
Me resigno, sufro, *espero.*

NAR. ¿Se olvidará usted?

ENR. ¡Narcisa,
ese insulto no merezco!

NAR. Enrique, fuera decirme,
si te quise, no te quiero.

ENR. ¿Y entre tanto, cómo vivo?

NAR. ¡Falta ya tan poco tiempo! (Mirando el reloj.)

ENR. ¡Una esperanza!... (Suplicante.)

NAR. (Quitándose una rosa que lleva en el pecho ó en la cabeza y dándosela.)
Esta rosa
le servirá de recuerdo.

ENR. ¡Tierna flor de mis amores!...
¡Ven... aquí... sobre mi pecho! (Pausa.)
Siempre la dulce esperanza
ha sido usted de mi vida;
siempre su imagen querida
flotando allá en lontananza,
ha visto el pobre marino
como estrella refulgente
que en el piélago rugiente
le mostraba su camino.

NAR. ¿Sin conocerme? ¡No oí
ocurrencia más donosa!

ENR. Atracción maravillosa
que ejerce usted sobre mí.
En relámpago fugaz

y en amoroso delirio,
¡á un tiempo, dicha y martirio!
de usted ví la pura faz.

NAR. ¡Tan callado lo tenía
el soñador visionario!

ENR. Temí que de estrafalario
me tachase la ironía
que siempre en usted hallaba,
y con temor de ofenderla,
y ofendida, de perderla,
¿qué hacer, Narcisa? callaba.
Pero ya por fin pasaron
mis infundados temores.

NAR. Y esos ensueños de amores,
¿cómo y dónde comenzaron?
¿De la imagen encantada
la primera aparición,
en qué celeste mansión?

ENR. En la vega de Granada.
(Narcisa da un grito de sorpresa y ss acerca con ansiedad á Enrique. Don Blas deja el libro, se levanta y se aproxima también á Enrique, pero sin que éste lo note.)
Se acercaba entre arreboles
aurora del mes de Mayo;
despertaban del desmayo
nocturnal los girasoles:
del alba las luces bellas
en el bosque penetraban,
y en el cielo se apagaban
lentamente las estrellas:
de la tierra se sentía
el ancho seno latir
amorosa al recibir
el primer beso del día.

NAR. (Con acento seco é impaciente.)
Giraba alegre la rueda
de algún próximo molino,
y sombra daba al camino
la secular alameda.

ENR. ¿Cómo sabe usted, Narcisa?...

NAR. Auroras primaverales,
todas, todas, son iguales.
Siga usted, Enrique... ¡aprisa!

ENR. Del agua el manso murmullo,
el canto del ruiseñor,
de la tórtola en amor
el apasionado arrullo...

NAR. (Con impaciencia y enojo.)
¡Todo en lánguida dulzura
su espíritu sumergía;
y usted seguía y seguía
por la tranquila espesura!

ENR. ¡Acertó usted otra vez!

NAR. ¡El cielo... la brisa... el ave!
estas cosas, ya se sabe,
causan siempre languidez.

ENR. De trinadora caterva
cediendo al dulce beleño,
sorprendido por el sueño
me dormí sobre la yerba.
¿Cuánto tiempo? yo lo ignoro;
desperté y el sol lucía,
¡y tu semblante veía
entre sus rayos de oro!

ESCENA IX

NARCISA, ISABEL, DON BLAS y ENRIQUE. Isabel aparece en la puerta del fondo

NAR. (¡Se me parte el corazón!)

BLAS (Se acerca á Enrique y le toca en el hombro. Enrique vuelve la cabeza hacia don Blas, y éste le dice señalando á Isabel.)
Hacia allá la vista vuelva.
(Enrique se vuelve hacia Isabel, pero sin conocerla todavía. Isabel se acerca, y ella y Enrique se reconocen.)

ISAB. (¡El cazador de la selva!)

ENR. (¡Mi divina aparición!) (Pausa.)

BLAS (Presentando á Enrique.)
Don Enrique de Doncel,
hijo de un antiguo amigo.

ISAB. (Aparte.)
(¡Qué vergüenza!... ¿Qué le digo?)

BLAS (Presentando á Isabel.)
Mi querida hija Isabel.
ENR. Señorita...
ISAB. (Cortada.) Ca... ballero...
(Aparte.)
(¡Iba á decir *cazador!*)
ENR. (Aparte.)
(¡Ah, qué celestial rubor!)
(Alto.)
Un amigo verdadero...
BLAS ¡Eh, cumplimientos á un lado!
NAR. (¡Padre!) (Bajo á don Blas.)
BLAS (Bajo á Narcisa.) (La prueba comienza.)
ISAB. (Mirando á hurtadillas á Enrique.)
(¡Cómo mira!... ¡Qué vergüenza!)
NAR. (Aparte.) (¡Qué mirar tan prolongado!)
(Alto á Enrique.)
Pues tiene usted compañía;
con su venia acabaré
esta carta, que empecé
hace rato, y todavía
no he podido terminar.
ENR. Usted, Narcisa, es muy dueña...
NAR. (Aparte.)
(*¡Muy dueña!...*) (¡No es halagüeña
la manera de empezar!)
(Se sienta á la mesa del centro y finge que escribe, pero se vuelve de cuando en cuando y procura oir lo que hablan su hermana y Enrique. Éste é Isabel se sientan en el sofá que está á la derecha del espectador, dando casi la espalda á Narcisa. Don Blas se pasea por el salón, acercándose á los demás personajes cuando el diálogo lo indica.)
ENR. ¿Y volverá usted en breve (A Isabel.)
á Granada?
ISA. Sí, señor.
ENR. ¡Qué lástima!
NAR. (Aparte.) (¡Qué traidor!)
ENR. ¡Cuánto lo siento!
NAR. (Aparte.) (¡Qué aleve!
(Rompe el papel que escribía y arroja los pedazos.)
¡Pronto el ingrato me inmola!
Pero no... ¿Por qué dudar?...)

ISA. Ya ve usted, no ha de quedar
la pobre abuelita sola.
ENR. ¡Esto es pasar como un lampo!
(Con tono insinuante.)
No debiera usted partir...
ISA. (Como dudando y volviéndose hacia su hermana.)
Narcisa no querrá ir...
NAR. (Con tono seco.)
Me hace mucho daño el campo.
(Rompe otro pliego de papel y arroja los pedazos.)
ENR. Pues yo prometo, Isabel,
que he de hacerle una visita...
ISA. ¿De veras? (Con alegría.)
NAR. (Rompiendo el papel con la pluma y arrojando al suelo una y otra cosa.)
(Aparte.) (¡Traidor!)
(En voz alta.) ¡Me irrita!
ISA. ¿Qué te irrita? (A Narcisa.)
NAR. Este papel.
(Isabel y Enrique continúan hablando en voz baja. Don Blas se acerca á Narcisa al pronunciar ésta la última palabra, y le dice en voz baja.)
BLAS ¿El que estás haciendo acaso?
¡Valor! (Cogiéndole cariñosamente la mano.)
NAR. ¡Se abrasa mi frente!
BLAS *Ella es sol que está en Oriente,*
y eres sol que está en ocaso.
ISA. (Aparte.) (¡Qué amable y qué bondadoso!)
BLAS (Aparte y mirando á Enrique.)
(¡Qué naturaleza humana!)
NAR. (Aparte.) (¡Qué conducta tan villana!)
ENR. (Aparte y contemplando con amor á Isabel.)
(¡Y qué rostro tan hermoso!)
(Isabel y Enrique continúan hablando en voz baja.)
NAR. ¡Imposible!... Todavía (A don Blas.)
tengo esperanza...
BLAS (En voz baja.) Ya no.
A Isabel Enrique amó
en tu imagen, hija mía,
y es por Dios bien natural
que la enamore y se olvide
hoy que la distancia mide,
que te aleja de su ideal.

ENR. ¡Es un sitio encantador!
(Narcisa se inclina hacia su hermana y Enrique, procurando oir.)
ISA. ¡Qué susto llevé aquel día!...
¡Pensé que usted me seguía!...
ENR. ¡Con el alma!...
NAR. (Alto.) ¡Qué traidor!..
(Isabel y Enrique se vuelven.)
¡Es este alfiler, Dios mío!
ISA. ¿Te has pinchado, hermana? (Candorosamente.)
NAR. (Alto.) Un poco.
ENR. (Aparte.) (¡Pobre Narcisa! ¡Estoy loco!
(Contemplando á Isabel. Pausa; después se vuelve hacia Narcisa.)
¡No merece tal desvío!)
(Alto á Narcisa con acento cariñoso.)
¿Y usted no querrá venir
á Granada?
NAR. (Secamente.) ¿Para qué?
ENR. En Mayo...
NAR. (Lo mismo.) Dispense usté;
pronto acabo de escribir.
ENR. (Aparte.) (¡Tiene un carácter tan duro!...
¡Un genio tan dominante!)
(Siguen hablando en voz baja Isabel y Enrique.)
BLAS (Mirando á Narcisa.)
(¡Cuál se nubla su semblante!
¡Tempestad y recia auguro!)
NAR. (Aparte.) (¡Crea usted en ellos, crea!
El corazón se me oprime.)
(Don Blas se detiene al lado de Narcisa.)
¡Padre!
BLAS Tu enojo reprime;
la cólero siempre afea
Tu faz está amoratada,
y tus labios temblorosos;
tus ojos están llorosos
y extinguida tu mirada. (Señalando á Isabel.)
Brilla rosado matiz
en su nacarada tez,
y amorosa languidez
en sus ojos.
NAR. (Con amargura.) Es feliz.

(Enrique coge el album que está sobre el sofá; Isabel le detiene, impidiéndole que lo abra.)

ISA. ¡No, por Dios! ¡Están muy mal!

NAR. (Aparte.) (¡Y hay paciencia! ¡Ya le enseña el album!)

ISA. Si usted se empeña...

ENR. ¡Es un alma angelical!

(El reloj da las tres lentamente; Isabel y Enrique siguen hablando y mirando el album. Al oir la primera campanada Narcisa se levanta, pero su padre la contiene.)

NAR. ¡Una!... ¡Padre!... ¡Dos!... ¡Las tres! ¡Enri!...

BLAS ¡Silencio, por Dios!

NAR. ¡Padre!...

BLAS ¡Narcisa!...

NAR. (Señalando.) ¡Los dos!...
¡Un minuto!... ¡Tiempo aun es! (Pausa.)
¡Qué timbre tan apagado!
Yo misma apenas oía...

BLAS El timbre es limpio, hija mía.

NAR. ¡Y cuánto tiempo ha pasado!
(A don Blas, con ansiedad.)
¿Adelanta ese reloj?

BLAS No adelanta, no, Narcisa.

NAR. ¡Porque marcha tan aprisa!...
(Con arranque de desesperación y señalando á Enrique.)
¡Le amo, padre!... ¡Le amo yo!
(Cae en la silla y se oculta el rostro entre las manos.)

BLAS Vamos... ¡Tu frente cual arde!...
Ten valor...

NAR. Sí, padre; sí.

BLAS Yo los echaré de aquí.
Muy pronto caerá la tarde: (A Isabel y Enrique.)
¿por qué no dan una vuelta
por el jardín? No me gusta
la gente triste .. y adusta...
La quiero... viva.. y resuelta.
(Aparte.) (Yo no sé lo que me digo.)

ISA. (A Enrique.) ¡Qué bondadoso es papá!

BLAS Con que pronto; en marcha ya.

ISA. ¿Quiere usted venir conmigo?

ENR. ¡Con usted! ¡Aun cuando fuera
á las simas del Averno!

Pero ¿qué digo? El infierno
en cielo se convirtiera.

ISA. (Aparte) (¡Qué fino es este Doncel!)
(Alto.) ¿Y tú no vienes, Narcisa?

NAR. Perdona... ¡Estoy... tan de prisa!
Luego... más tarde, Isabel.
(Salen Isabel y Enrique.)

ESCENA X

NARCISA y DON BLAS. Narcisa oculta el rostro entre las manos y llora amargamente

BLAS Llora, Narcisa, que al dolor humano
es el llanto dulcísimo consuelo;
llora, que nunca en vano,
desde este triste suelo,
llega vapor de lágrimas al cielo.

NAR ¡Ay padre, yo le amaba
y el ingrato me olvida!

BLAS La ilusión que tu mente acariciaba
por siempre está perdida.

NAR. Padre... padre...

BLAS ¡Valor, hija querida!

NAR. (Levantándose.)
¿Por qué con labio impío
juraba tierno amor?
¿Por qué del pecho mío
vencer quiso el desvío
y hoy me deja sumida en el dolor?

BLAS Sólo ves el presente
y sus augustias fieras;
y no alcanza tu mente
que si de Enrique por desdichas fueras
más dolorosas lágrimas vertieras.
De juventud te restan breves días
y á Enrique quedan dilatados años,
¡cuán presto trocarías
tus tiernas y amorosas alegrías
por rudos desengaños!

NAR. (Mirando por la ventana.)
¡Es imposible que traición tan fiera

quepa en un corazón!
Si yo misma lo viera
dudara y aún creyera
que vacilaba enferma mi razón. (Pausa.)
Las calles cruzan del jardín... se miran...
ya desparecen... y aparecen luego.
¡El mismo aire respiran!...
¡Sus ojos brotan fuego!...
¡Y él la persigue con amante ruego!...
(Sigue mirando con ansiedad sin atender á don Blas.)

BLAS Si tu amor es... *amor* y no *egoismo*,
al deber el amor se sacrifique:
por tí... por tu ventura... por él mismo
á tu pasión pon dique,
huyendo presto de tu amado Enrique.
Narcisa, ven...
(Procurando sacarla de la ventana.)

NAR. Espera... espera... ¡siento
en el alma crudísimo dolor!

BLAS Narcisa...

NAR. (Mirando siempre por la ventana con ansia.)
¡Padre, con meloso acento
ella pide mi flor!...
Vacila... (Con alegría.)

BLAS Ven... (Pugnando.)]

NAR. (Gritando con ansia.)
¡Enrique!

BLAS (Retirándola al fin.) Ven.

NAR. ¡Traidor!
(Pausa.)

BLAS Perdona si mi acento es harto rudo;
perdona si te trato sin piedad:
¿qué importa? ya no dudo:
á tu dolor agudo
tan sólo hay un remedio: *la verdad.*
Obra prudente si de tí se aleja:
¿cuál porvenir para tu Enrique brilla
si á tiempo no te deja?
(Acercándose á Narcisa y en voz baja, pero enérgica.)
Escuchar con carmín en la mejilla
«es el pobre marido de una *vieja.*»
(Narcisa se separa de su padre pero éste la sigue.)
Ludibrio ser de gente bulliciosa

que reiría á mansalva
¡del *pobre mártir!...* de la *tierna esposa!*
(Narcisa se separa; don Blas la sigue.)
de tu *pasión fogosa*
y de... *¡tu frente calva!*

NAR. ¿Y qué importa que pierda la hermosura
si queda dentro el pecho la virtud?
Perece sí lo que es de tierra hechura,
mas del alma el amor y la ternura
viven vida de eterna juventud.

BLAS Mientras en cárcel terrenal vivamos,
y vil polvo pisemos,
¡las leyes terrenales acatemos!
burlarlas no queramos
ó terrible castigo sufriremos.
Quiere Naturaleza
unir por atracción maravillosa,
juventud y belleza,
y aparta desdeñosa
del gentil grupo á la vejez rugosa.

NAR. Tu acento ¡ay padre! me desgarra el pecho.

BLAS Este dolor, Narcisa, es preferible
al dolor insufrible
de mirarle con llanto de despecho
por siempre abandonar tu estéril lecho.
(Pausa.)
Mañana partirás para Granada.

NAR. ¡El destino me hiere
con mano impía... ¡padre!

BLAS ¡Desdichada!

NAR. ¿Ya qué me resta?

BLAS (Conmovido profundamente.)
¡Un padre que te quiere!
¡Ven á mis brazos, hija idolatrada!
(Narcisa se precipita en ellos llorando.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ENRIQUE

ENR. Isabel está esperando:
dice que vayan aprisa...
¡Pero Dios mío, Narcisa!
¡Usted, Narcisa, llorando!
(A Narcisa en voz baja.)
Perdón si un punto ofuscada
mi mente...

NAR. ¿Pero de qué?
¿Su culpa, Enrique, cuál fué?
Mañana marcho á Granada...
(Movimiento de Enrique.)
¡y al dejar á mi buen padre...
se me parte el corazón...
(Sin poder contener el llanto.)
¡En esta... santa mansión...
además... perdí á mi madre!...
Tales recuerdos... el llanto...
hicieron brotar... La idea
de que tal vez no le vea...
(Señalando á don Blas.)
¡Enrique... le quiero tanto!
¡La vida diera por él!

ENR. ¿Y por mí?

NAR. (Oprimiéndose el pecho con las manos.)
(Aparte.) (Calla, cobarde!)

ENR. Responda, Narcisa...

NAR. Es tarde.
(En la puerta del fondo aparece Isabel con la flor en el pecho y corre alegremente hacia su hermana; don Blas se dirige á ella y la detiene: hablan los dos en el fondo del teatro ó á un extremo: Narcisa y Enrique quedan en primer término.)
¡Voy al momento, Isabel!
(A Enrique.)
¡Mire usted aquel reló!
¡Mire usted aquella rosa!...
(Tristemente.)

¡Es mi hermana muy hermosa!...
¡pero mucho más que yo!...
(Sin poder dominar su emoción.)
Su hermosura... no me hiere:
¡es mi hermana!... me complace...
Ella al fin... es *¡Sol que nace!*
y yo soy...

ENR. (Con galantería.)
¡Un sol!...

NAR. *¡Que muere!*

FIN

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.
El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.

A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.

La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa

María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición) Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

202193

LS
E184r1

Echegary, José
Los rigidos, etc,...

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU